



ESTA ES MI HISTORIA

MARÍA ANTONIETA DE LAS NIEVES,
LA CHILINDRINA

Había una vez
una niña en
una vecindad



Fue la madrugada del cuarto jueves de diciembre de aquel lejano año de 1949. Don Tanis (Estanislao), el padre de la criatura, llevaba entre sus brazos un bulto diminuto envuelto en una cobijita para bebé. Iba por la calle corriendo y llorando en silencio, siempre hacía lo mismo cuando algo le dolía en lo más profundo de su ser. En ese momento se sentía el hombre más infeliz, porque en su regazo se le estaba muriendo su hija recién nacida. La llevaba a la iglesia para bautizarla antes de que sucediera lo que él creía que era inevitable.

Atrás de don Tanis, acompañándolo, iban sus dos hijos mayores, ellos serían los padrinos de su hermana menor. Raúl tenía veinte años, y mientras corrían tras su padre, trataba de darle ánimo a Olga Elena, dos años menor que él. *Obe*, como le decían de cariño, lloraba como una *Magdalena* (o como plañidera para ser más exactos, porque siempre exageraba). Don Tanis iba tan sumido en sus pensamientos y recapitulando en el triste futuro que le deparaba el destino, porque además de esta tragedia, en el Hospital Tagle, doña Pilla (Deifilia), su esposa, se encontraba grave en extremo, pues el parto se había complicado y no sabían

bien a bien si sobreviviría. Como decía, don Tanis iba tan absorto que no escuchó cuando sus hijos le gritaron que parara de correr porque ya se había pasado de la iglesia.

Cuando el sacerdote iba a verter el agua bendita en la cabeza de la niña, pensó que ya había fallecido, pues la pequeña yacía flácida, pálida, con la boquita abierta y los ojos entrecerrados. La cabecita con tres pelos embarrados colgaba hacia atrás, su hermano Raúl la sostenía y se dio cuenta de que la pequeña casi cabía en su mano. Por un momento, Olga Elena dejó de dar alaridos y tomó a su hermana por los dos hilos que eran un remedo de sus piernitas. El clérigo le puso la palma de la mano en la espalda a don Tanis tratándolo de consolar, levantó la mirada hacia el Cristo que se encontraba en la sacristía, y continuó con el ritual diciendo: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te llamarás María Antonieta de las Nieves”. Dicho esto, vació el agua en la cabeza de aquel guiñapo y entonces... sucedió, la criatura abrió los ojos y como si le acabaran de practicar un exorcismo gritó estruendosamente.

—Don Tanis —dijo preguntando—: ¿estaba actuando esta escuincla?
Los demás nos preguntamos, ¿habrá sido una premonición?
Más adelante lo sabremos.



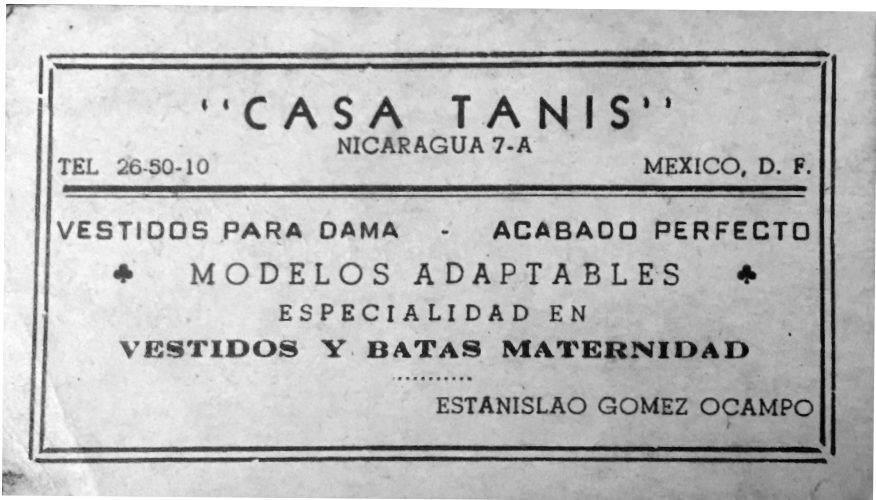
Capítulo I



Había una vez una niña en una vecindad

Vivíamos en una vecindad en el mero corazón de La Lagunilla, en la calle de Libertad 138 interior 5. Mis padres y hermanos eran comerciantes. Tenían dos tiendas pequeñas donde vendían ropa de maternidad, también en La Lagunilla, cerca del mercado de Santa Catarina. Casa Tanis, ubicada en la calle Nicaragua 7 y Casa Nayarit que estaba en Belisario Domínguez 38. También teníamos una pequeña fábrica en donde solo había una mesa de cortar y seis máquinas de coser, además de una minúscula bodega para guardar los rollos de las telas con las que allí se trabajaba en la confección de ropa de maternidad. La fábrica estaba ubicada también en la calle de Belisario Domínguez, junto a nuestra tienda. Lo único que me llamaba la atención de aquel viejo edificio es que en él se alojaba una Escuela de Baile Clásico para jóvenes. En ese mítico lugar daba clases de ballet el maestro Gilberto Terrazas.

Me contaba mi mamá que cuando mi hermana Pillita, como cariñosamente le decían, y yo éramos pequeñas nos cuidaba una señora muy buena, nosotras le decíamos Abuelita Angelita; ella y Carmela, su hija, vivían en la casa de enfrente a la nuestra, era una joven guapísima de pelo negro, era del tipo de Katy Jurado y fue madrina de confirmación



Tarjeta de "Casa Tanis".


de nosotras dos. Pillita y yo las queríamos mucho y se podría decir, literalmente, que vivíamos con ellas, pues mis papás y hermanos mayores se iban desde muy temprano a las tiendas. Mi hermana y yo comíamos y jugábamos en la casa de ellas y en la noche, cuando todos regresaban de trabajar, nosotras ya estábamos dormidas, es más, muchas veces hasta nos quedamos a dormir allí.

Cuando nuestra Abuelita Angelita murió, yo tenía tres años y Pillita siete. Nuestras vidas cambiaron radicalmente porque ahora, en vez de jugar en la vecindad con Hiya, la hija de la portera, o con la Muñeca, la hija del carpintero, quienes vivían hasta el fondo —y con otros niños de los que lamentablemente no recuerdo sus nombres y con quienes jugábamos a saltar la cuerda o a las escondidas o a mojarnos con la manguera— desde aquel triste día nos trasladamos con toda nuestra infancia a las tiendas y a la fábrica.

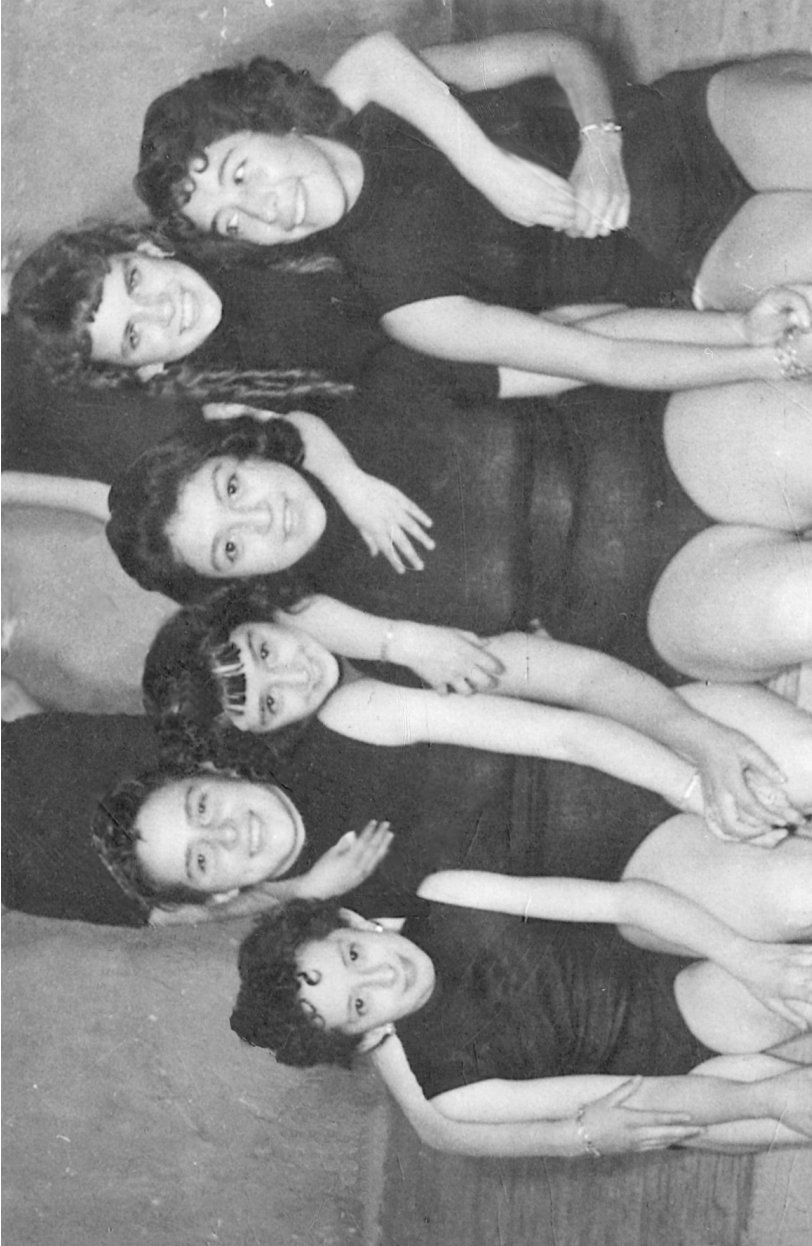
Nuestros juegos entonces fueron la *matatena*, las damas chinas, el dominó y las cartas porque, como era de suponerse, no teníamos espacio para correr y dar *lata*. También jugábamos a que mi hermana cosía ropita para las muñecas, y lo hacía en realidad porque mi mamá nos compró una maquina de coser *Singer*, de juguete obviamente, pero ¡realmente cosía! Mientras

Capítulo I Había una vez una niña en una vecindad

tanto, yo era la vendedora e imitaba lo que veía que hacían las empleadas y mis hermanos. “¡Pásele, *marchantita!* ¡Aquí le vendemos bueno, bonito y barato! ¡Nuestra ropa de maternidad es la mejor y le sirve durante todo



Mamá Pilla.

En la Academia de Andrés Soler en la ANDA. 



Doña Pilla y don Tamis recién casados.



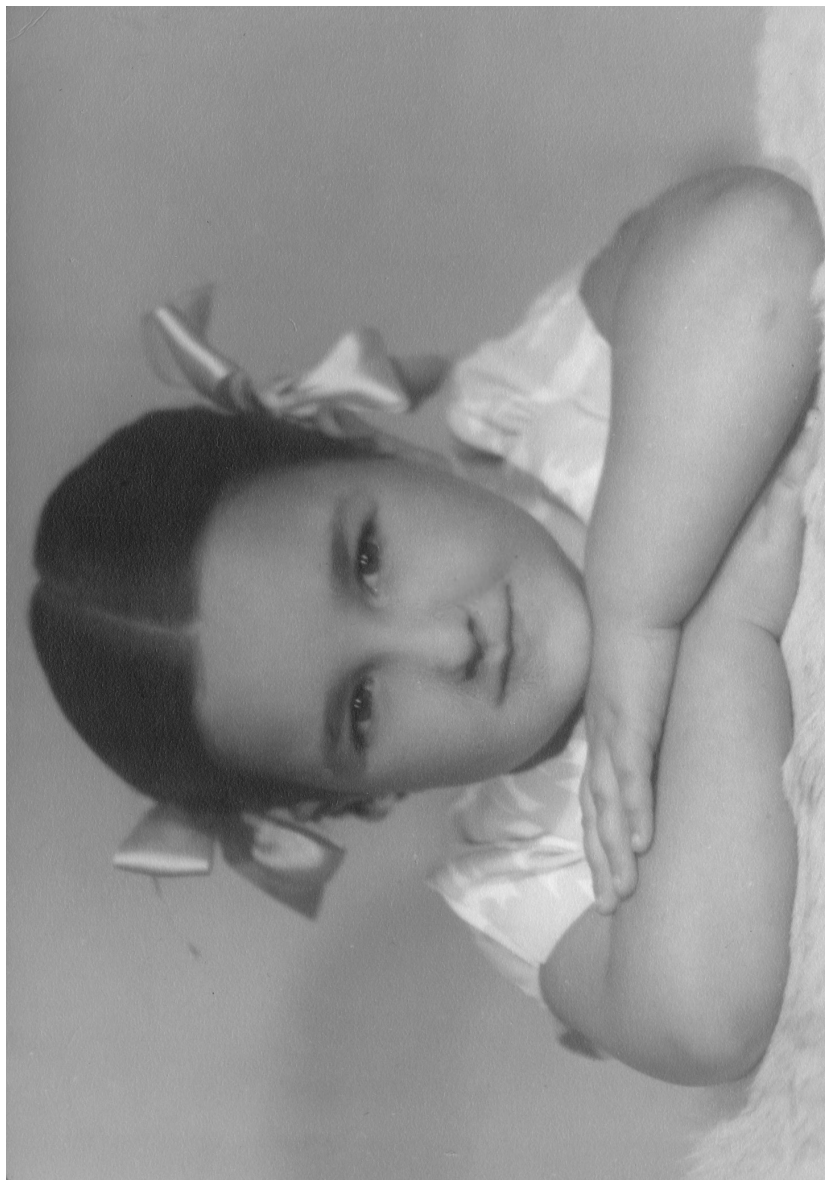


el embarazo! ¡La falda se adapta a cualquier gordura, moviéndole simplemente los botones! ¡Y cuando usted se *alivie* (ni que estuvieran enfermas) recorre nuevamente los botones, se faja la blusa de maternidad, se cierra la falda y el traje le vuelve a quedar *perfecto* hasta que se embarace nuevamente”. Solo hubiera faltado que le agregara el “fíjate, fíjate, fíjate”.

Desde pequeña fui muy hablantina, los regaños y nalgadas que recibí en mi infancia fueron, precisamente, porque no paraba de hablar y por metiche. Por lo hasta aquí descrito se pueden imaginar que en la fábrica confeccionábamos ropa de maternidad, actividad poco usual en aquella época, los *prometedores* años cincuenta, creo que de entre todos los paisanos de La Lagunilla, éramos los únicos que fabricábamos y distribuíamos en otros mercados ese tipo de ropa.

Un dato curioso: muchos árabes y judíos que tenían tiendas en La Lagunilla pensaban que en verdad éramos paisanos, porque mis papás no tenían mucho tipo de mexicanos. Mamá Pilla de joven tenía el pelo castaño claro, de piel blanquísima, ojos verdes, nariz recta y grande. Yo nací cuando ella tenía cuarenta y tantos años, fui la última de siete hijos nacidos; según ella, tuvo catorce embarazos, se le murieron unos gemelos y una bebida a quien la iban a bautizar con el nombre de Nayarit, en reconocimiento y por el inmenso cariño que le tienen a la tierra que vio nacer a mis papás y a mis hermanos mayores: Santiago Ixcuintla en Nayarit. Los tres hermanos menores nacimos en Ciudad de México pero yo siempre he presumido que soy de la tierra de todos ellos: mi amada Santiago.

Papá Tanis era un morenazo muy guapo. De joven fue militar, tenía ojos grandes y mirada profunda, escaso pelo, nariz grande y mal hablado como pocos, de tres palabras decía cuatro groserías (malas palabras, nunca cosas en doble sentido). Mi mamá y yo éramos las únicas personas a quienes no nos hacía gracia esa peculiaridad de mi papá; bueno, algo debía de tener de malo don Tanis, pienso yo, porque era una persona sensacional, excelente esposo, buen padre, hombre culto, simpático y le gustaba jugar al *bueno* de la película, él nos daba los *domingos*, como le decíamos al dinero otorgado, precisamente ese día de la semana a cada uno de nosotros para comprar lo que quisiéramos. En cambio, doña Pilla era la *mala* de la película: a ella le tocaba regañarnos y castigarnos cuando nos portábamos mal.



Hermana Pillita. 



María Antonieta de las Nieves a los seis años.



Con mi hermana Pillita.



Firma del Alumno

El Director General

Credencial de la ANDA.



Capítulo I Había una vez una niña en una vecindad

Como era muy inquieta me iba al local que se encontraba a un lado de la fábrica para ver cómo enseñaba el profesor Terrazas a bailar ballet a unas cuantas chicas. Así, sin darse cuenta mi mamá y sin pagar la mensualidad empecé a bailar a los tres años. Cuando cumplí cinco años mi mamá me llevó a ver la película *Las zapatillas rojas*, la cual me impactó tanto que en ese momento decidí que cuando fuera mayor sería bailarina de ballet. Asimismo, me prometí que bailaría en el Palacio de Bellas Artes de nuestra bellísima Ciudad de México, y al cumplir treinta años, tendría mi propia Escuela de Danza.

Mi hermana Pillita (su nombre era Deifilia, como el de mamá) también comenzó a tomar clases conmigo. Ella tenía una elasticidad asombrosa a pesar de su gordura. Mis padres, desde que ella tenía tres años, se dieron cuenta de que su exceso de peso no era normal; algunos doctores le echaron la culpa a un saborizante para leche que contiene calcio. Mi madrina Carmela trabajaba en los laboratorios donde se producía dicho complemento alimenticio y cada semana nos lo llevaba a la casa. A Pillita le encantaba y se lo comía a puños, aunque la verdad no creo que esa haya sido la causa de su enfermedad.

Pasando a otra cosa, recuerdo que mi primera “tragedia griega” fue cuando en el periódico mi mamá leyó del accidente aéreo en el cual



Clase de esgrima en la Academia de Andrés Soler.





María Antonieta de las Nieves con Andrés Soler.





María Antonieta de las nieves bailarina.



HONEY, PUEBLA

HOY Sábado 15 de Septiembre de 1956 HOY

A LAS 7 P. M.

GRANDIOSA PRESENTACION DE UN GRUPO DE ALUMNOS DEL
INSTITUTO CINEMATOGRAFICO DE LA A. N. D. A. QUE DIRIGE
EL EMINENTE ACTOR

Don ANDRES SOLER

y La Precoz Bailarina

María Antonieta de las Nieves

Esquela de periódico que menciona a Andrés Soler.



María Antonieta de las Nieves con María Rojo y Enrique Alonso en *El pájaro azul*.



perdió la vida el maestro Gilberto Terrazas. Yo apenas contaba con seis años y aun así pensé en cortarme las venas, con una barra de chocolate, pues se me acababa la vida al pensar que ya no sería bailarina.

Supongo que en ese momento mi mamá pensó que era una buena excusa para, a través de mí, realizar todos los sueños artísticos que tuvo en su juventud. ¿Por qué? Porque mi mamá me contó que cuando ella y sus hermanas fueron jóvenes vivían en la Villa de Guadalupe y de manera experimental trabajaron en algunas operetas. Todas cantaban bien, hacían perfectamente la primera, segunda y tercera voces. En algunas ocasiones hasta bailaron. Pero también me dijo mi mamá que alguna vez se le ocurrió comentarle a su papá el deseo de ser actriz, a lo que él contestó:

—¡No, de ninguna manera! ¡En la familia nunca ha habido ni habrá cómicos, aquí todos somos gente decente!

Si el viejo me está viendo desde el cielo, la verdad no sé si la boca se le habrá hecho chicharrón o estará orgulloso del triunfo de su hija Deifilia, porque en verdad lo digo: todos los logros que yo he tenido en mi vida, incluido el más grande de todos, mi matrimonio con Gabriel Fernández, se los debo a Mamá Pilla, más adelante descubrirán por qué.

En enero de 1956 contaba yo con escasos seis años, comenzaban las clases en la Academia de Andrés Soler en la ANDA (Asociación Nacional de Actores) y mamá me llevó a inscribirme. Ahí daba clases de Ballet Clásico y Moderno la maestra Ana Mérida, pero, obvia decir, que lo básico eran las clases de Actuación, pues la escuela estaba diseñada para formar actores completos; así que las actividades que se impartían eran canto, baile, educación de la voz, esgrima, la cual impartía el mayor Haro Oliva, teatro clásico e historia del arte.

Había clases para niños, adolescentes y adultos. A los niños los admitían a partir de los ocho años. Yo les había comentado que tenía seis, pero gracias a la insistencia de Mamá logré que pudieran aplicarme el examen y aprobarlo.

Aprobé el examen de admisión, recuerdo bien que los sinodales fueron doña Prudencia Grifell y Carmen Montejo, dos enormes actrices con quien, para mi fortuna, trabajaría poco tiempo después.

Mi mamá me acompañaba a todas partes y las clases de actuación no fueron la excepción; me tenía que esperar seis horas todos los días. Creo



María Antonieta de las Nieves con Carmen Montejo. 



María Antonieta de las Nieves con Emilia Carranza. 